

del jorn que finia 'ns permitia goitarnos més sovint y llargament sens ésser observats per nostres mares.

Ella, la donzella joguina quin riurer feya esbargar l'alegria à tothom volgué obsequiar-nos ab un ram de flors.

L'ayret del capvespre feu retirar del jardí à nostres families, y jó per ajudar à n'ella en la tasca d'arrencar flors de son sí de vida, vaj quedarmhi.

D'ésma ella sabia 'ls rosers; poncellas y rosas badades es coll-torcian esqueixades per sos dits.

S'ens trigar ne féu un ramell.

Ella y jó parlàrem, y tau bella degué ésser nostre conversa qu'els estels comensaren à deixar veurer son caparró lluhent dalt del cel y... sa curiositat la sagellàrem.

Si, be ho recordo: ella tenia 'l ramell de flors vora son pit y al acoronarse les flors feyen mes olor y fins algún estel tingué enveja cuan me digué:—'Ns en farém d'altros de petons,—donç jó veji un estel que deixava son lloch, empró no arribá así baix, sols crehuá l'espay dejant un rastre lluminós...

El ram ja era fet. Ella 'ns en féu present.

Y al vespre en ma solitaria cambra jó recordava 'l cap-vespre d'aquell jorn primaveral plé de plasidessa... y en mon cervell rebullien els recorts que m'evocáven les flors de demunt la caleixera per ella cullides, y en mas enceses galtes hi restava encar perfúm d'ella... de son bés... de les flors!

S. BAVÍ BRACÓNS.

Romance caballeresco

LA INFANTITA

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida;
vase para París

de padre y madre tenía;
errado lleva el camino,
errada lleva la vida:
arrímase á un gran roble
por esperar compañía:

vió venir un caballero,
que á París lleva la guía.
La niña desde lo vido,
desta suerte le decía:

—Si te place, caballero,
lléveme en tu compañía.

—Pláceme, dijo, señora,
pláceme, dijo, mi vida.

Apeóse del caballo
por hacelle cortesía,
puso la niña en las ancas,
y subiérase á la silla.

En el medio del camino
de amores la requeria.

La niña, desde lo oyera,
díjole con osadía:

—Tate, tate, caballero,
no hagais tal villanía:

hija soy yo de un malato
y de una malatia;

el hombre que á mi llegase,
malato se tornaría.—

Con temor el caballero
palabra no respondía,
y á la entrada de París
la niña se sonreía.

—¿De que os reís, mi señora?

¿De que os reís, vida mía?

—Ríome del caballero
y de su gran cobardía.

¡Tener la niña en el campo,
y catarle cortesía!—

Con verguenza el caballero
estás palabras decía:

—Vuelta, vuelta. mi señora,
que una cosa se me olvida.—

La niña, como discreta,
dijo: —Yo no volvería,

ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaría.

Hija soy del rey de Francia
y la reina Constantina,

y el hombre que á mi llegase
muy caro le costaría.

ANÓNIMO.

D. JUAN FRANCISCO ALESÁN

Falleció después de breve enfermedad el sábado próximo pasado.

Como abogado fué notable, como hombre, honrado, y como católico de los sinceros.

Dentro de estos tres distintos aspectos transcurrió su vida, quieta, sin relieves, fija y segura como línea recta.

De las luchas locales apartóse siempre con asco, en los embrollos de Tribunal era de los que podía levantar la voz, y entre amigos, no acostumbraba á despellejar al prójimo.

Para vivir en Granollers tuvo un poderoso enemigo: su carácter retraído y pacífico. Privóle de impeler, como podía, los asuntos de la localidad y aun lo que afectava á su propia carrera. Por eso en ambas cosas, no influyó, dados su rectitud y sólidos conocimientos o que fácil fuera suponerse.